

y peregrinaciones (por ejemplo, al santuario de Fátima el 13 de mayo de 1967). De igual modo, san Pablo VI tenía una profunda estima por la figura femenina, defendiendo el genuino papel de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. Es bien conocido cómo fue el primero en nombrar doctoras de la Iglesia en 1970 a dos mujeres, santa Teresa de Jesús y santa Catalina de Siena, introducir mujeres en las estancias vaticanas o como auditoras en el Concilio, o constituir en 1973 una Comisión para el estudio sobre la mujer en la sociedad y en la Iglesia.

«Canta y camina». Así concluye esta obra, invitándonos a proseguir cada uno el camino de la vida con alegría, en medio de tormentas o de días serenos, con la mirada fija hacia lo alto, pero con los pies en la tierra. Cada uno está llamado a ser un alpinista del espíritu que avanza hacia la meta de la felicidad, que se encuentra en el abandono confiado en Jesucristo, que con su Pasión, muerte y resurrección nos ha abierto un nuevo camino de salvación. Dios nos provee de las estrellas necesarias que iluminan nuestro peregrinar: los santos. San Pablo VI es uno de ellos, experimentado alpinista del espíritu cuyas aportaciones, tanto doctrinales como vitales, siguen siendo de gran ayuda e inspiración en la actualidad.

Y en cuanto a los Institutos seculares, la Iglesia y la sociedad espera de cada uno de sus miembros —dada la peculiaridad de su vocación de consagración en medio del mundo—, fidelidad inquebrantable a la misión y responsabilidad que les ha sido confiada por el Espíritu Santo: ser testigos sencillos y valientes del Evangelio, «causa de alegría y consuelo» en un mundo tan necesitado. Ser, en definitiva, verdaderos alpinistas del espíritu en el camino de la santidad.

CATHERINE DECLERCO

Universidad Católica Santa Teresa de Jesús de Ávila
catherine.declercq@ucavila.es

Zerolo, Armando. *Época de idiotas. Un ensayo sobre el límite de nuestro tiempo*. Madrid: Encuentro, 2022, 160 pp. ISBN: 978-84-1339-117-5.

El título de este libro puede llevar a hacerse una idea equivocada del talante y las intuiciones de fondo. Al referirse a los «idiotas» de esta época y al límite de nuestro tiempo, es fácil creer que el tono adoptado será crítico e incluso acusador. Nada más lejos de la realidad. Si algo rezuma este ensayo es precisamente la simpatía hacia todo aquello a lo que se acerca para intentar arrojar luz sobre ello. Es un texto crítico, pero al mismo tiempo esperanzador. De hecho, Zerolo comienza el libro diciendo: «Hablar bien de nuestra época resulta contracultural», porque los textos críticos tienen más éxito que los optimistas. Seguidamente señala que se encuentra «ante la paradoja de estar intentando señalar los aspectos positivos de una cultura que prefiere castigar a sí misma» (p. 17).

La obra consta de cuatro capítulos. El primero trata sobre los límites de cada época. En él, el autor explica que el poder tiene relación con el límite, porque «el

poder que tiene el hombre es el de enfrentarse al límite, a esa línea que marca la frontera de la vida y de la muerte» (p. 23). Así, analiza el límite de la Antigüedad, la Edad Media, la Edad Moderna y la Edad Posmoderna desde la relación que cada una tuvo (o tiene) con el poder. Resulta elocuente la descripción que hace de nuestra época como un grito de quienes han alcanzado grandes cotas de poder, pero han visto realizar horrores con él. «Darse cuenta de que se tiene un poder enorme, a la altura de los dioses, como nos ha enseñado la modernidad, pero al servicio de ellos, como nos enseñó la Edad Media. ¿Seremos capaces, nosotros, hombres posmodernos, de realizar tal síntesis?» (p. 37). Es de valorar la capacidad que tiene Zerolo para detectar un punto elocuente de cada época y mostrarnos, en unas breves páginas, la evolución de la historia.

El segundo capítulo es un manifiesto contra el decadentismo. Allí Zerolo subraya la dimensión histórica del ser humano, siguiendo de cerca a Ortega y Gasset. En sus propias palabras, «la razón histórica es caer en la cuenta de que ni el hombre ni las cosas existen independientemente, y que el espacio en el que existen y son es la historia» (p. 42). Recuperando la distinción orteguiana entre ideas y creencias, el autor señala que la pérdida de certezas es un drama, porque el ser humano vive en sus creencias. Desde esa intuición se acerca a nuestra época y profundiza en lo que hoy entendemos por decadencia. La conclusión a la que llega nuestro autor es que hay que poner la vida por encima de la razón y que solo la persona humana puede otorgar sentido al cambio. En sus reflexiones resuenan también las ideas de María Zambrano.

El siguiente capítulo aborda la vía posmoderna a través de la imagen del barco y del árbol. El barco supone comprender que el sistema encuentra su estabilidad sobre un medio inestable, y que dentro de él caben opiniones muy diversas. El árbol, por el contrario, supone que el régimen político debe sustentarse sobre una autoridad férrea que funcione como la tierra o las raíces que dan estabilidad. «[...] ante un mismo diagnóstico social unos recetaron libertad individual y opinión pública, mientras que los otros insistieron en la necesidad de un gobierno fuerte y autoritario» (p. 65). Armando Zerolo apuesta por la imagen del barco, porque en su opinión para enriquecer la sociedad hay que respetar la libertad, por más que sea complejo gestionarla.

El capítulo continúa ahondando en el concepto de «identidad nacional». Zerolo acude a imágenes como la carretera, el arado, el cohete o la catedral de Burgo de Osma para explicar narrativamente la evolución en la identidad de nuestra nación. Hay algunas reflexiones sobre la identidad como sedimento, como tarea o como perdón que no tienen desperdicio. Resulta especialmente sugerente el párrafo en el que Zerolo declara:

«La identidad europea es cristiana porque es tensión entre el mundo y lo que no es mundo, entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo cósmico y lo particular; y esa tensión que hemos llamado relación es algo

en sí y por sí, que sucede entre dos términos para unirlos por elevación y superación. Europa es una conversación» (p. 90).

Es al final de este capítulo cuando el autor alude a los «idiotas» que dan título a la obra. Tras un análisis muy lúcido sobre nuestro «tiempo de orugas», en el que pone de relieve el cansancio, la incertidumbre y el miedo de nuestra época, el autor señala que es humano anhelar un mundo más habitable, pero no lo es intentar eliminar la tensión y solucionar definitivamente la condición humana. Pero en la incertidumbre no se puede vivir, y por eso, a falta de creencias, buscamos sucedáneos que nos calmen.

Zerolo constata que de los fracasos y éxitos de la modernidad surgen dos figuras que pueden arrojar luz hoy: los idiotas y los imbéciles. «Los idiotas son seres sencillos como los niños y los locos. Asumen sobre sí los males del mundo y la injusticia cae sobre ellos con la misma dureza que la ley sobre los injustos. Son chivos expiatorios que purgan en su carne la violencia del mundo» (p. 112). En este sentido, el gran idiota fue Cristo. Si los idiotas son como niños, los imbéciles, por su parte, son intelectuales. Se ríen del poder y resaltan lo malo «acelerándolo y agravándolo hasta llevarlo al extremo del absurdo» (p. 113). Ambos nos recuerdan que nada es suficiente, nos sitúan ante la desproporción de las fuerzas humanas y nos enseñan que hay una vía para responder hoy al problema del poder.

El autor explora esta vía en el último capítulo, «Época de idiotas», que da nombre al libro. En él, critica el individualismo descubierto por Tocqueville («el individualismo [...] [e]s la pérdida sucesiva de vínculos de pertenencia hasta quedar reclusos en la cárcel de nuestras preferencias», p. 123), el hombre-masa de Ortega y Gasset («la psicología del niño mimado», p. 125) y el individuo sin individualidad de Capograssi (o «la consecuencia paradójica del individualismo», p. 127). Zerolo invita a vivir la época actual como oportunidad para el renacimiento, partiendo de la libertad unida a la responsabilidad. Para nuestro autor, aceptar la debilidad de la naturaleza humana es precisamente su fortaleza. «Aprender a vivir con esa sensación de no controlar el sentido último de nuestras acciones es el reto que nos toca vivir» (p. 140). Se trata de gestionar el riesgo, no de eliminarlo. «Esta aceptación del límite será, sin duda alguna, la manifestación del poder más grande, de la libertad más pura» (pp. 142-141). Como Job, se trata de vivir pacíficamente esa sensación de pérdida de control. «El abandono es la condición necesaria para ser atravesado, abierto en canal, y preñado de vida» (p. 147). Más que medirnos desde la ausencia, Zerolo propone valorar la sed que estamos descubriendo.

El epílogo trata sobre el límite, un concepto que ha ido conduciendo todas las reflexiones a lo largo del libro. El límite es separación y unión, espacio vital, la propia persona humana, que es esencialmente límite. «El límite es ese salón de baile en el que danzan de madrugada los extremos del mundo» (p. 153).

Parece mentira que un libro aparentemente tan pequeño pueda contener tantas intuiciones provechosas. Aquí sólo hemos podido señalar algunas de todas las

perlas que encontramos en él. Es un ensayo ameno, ágil, que apela a imágenes para trasladar intuiciones, y que al mismo tiempo tiene una profundidad y una suspicacia dignas de mención. Sin ser un libro explícitamente religioso, propone claves que tienen mucho en común con la perspectiva teológica cristiana. El mayor acierto, en mi opinión, es que Zerolo maneja la crítica y la valoración positiva de los fenómenos en general y de nuestra época en particular de forma que siempre hay lugar para la esperanza. En suma, es un ensayo recomendable para leer, meditar y degustar.

MARTA MEDINA BALGUERÍAS

Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas

mmedina@comillas.edu